GALLEGO ROCA, Francisco J.:
Epistolario de Leopoldo Torres Balbás a Antonio Gallego Burín, 2.ª ed., Granada, 1995. 283 págs.

El breve y jugoso epistolario entre estos dos personajes clave en la historia reciente de Granada ha alcanzado su segunda edición ampliada con nuevos textos. La trascendencia de estas dos figuras y su reflejo humano en los escritos merece, a mi juicio, un comentario y unas apreciaciones sobre todo si tenemos en cuenta la vigencia de muchos de los aspectos abordados y su oportunidad para el conocimiento de una mentalidad y de una época de recuperación del patrimonio arquitectónico local.

"Los escritos de Torres Balbás —dice en el prólogo Emilio García Gómez— que contiene este librito, impregnados como todo lo suyo de noble dignidad, no son "epístolas", sino cartas dictadas en momentos muchas veces graves, por la cortesía, los deberes de la amistad y la necesidad de expresión del introvertido". En efecto, cuanto de esencial y novedoso hallamos en esta correspondencia da cumplida muestra de un talante personal y una preparación técnica absolutamente inhabituales en el panorama contemporáneo. Toda relación epistolar implica ciertas condensaciones de lo íntimo, mas también crecida proporción de libertad expresiva en el ámbito de lo confidencial y espontáneo. He aquí la clave para la inteligencia perfecta de estas páginas de presentida y latente identidad entre dos personalidades o, si queremos, de equilibrio osmótico de concepciones y respuestas a una realidad cotidiana que invadía su territorio común. En la bien estructurada introducción que acompaña la edición de las misivas, debida al compilador del epistolario, leemos este párrafo que viene a corroborar lo dicho: "Torres Balbás en estas cartas a Gallego

Burín, nos ha dejado el latido último de su manera de pensar, de ser, de sus fervores y las disidencias que en torno a su polémica figura se produjeron. Hombre de recursos y conceptos como buen científico".

Fue de todo punto ingente la labor restauradora de don Leopoldo en lo que hace a la Alhambra y otras edificaciones nazaríes, hasta un punto que el ciudadano de a pie no puede imaginar y que muchos especialistas parecen o pretenden ignorar. Su tarea ímproba no sólo consistió en devolver una prístina identidad perdida al patrimonio granadino, sentó además las bases de una indiscutible metodología de intervención en que se constelaban, con severísimo rigor analítico, historia y arqueología.¡Qué admirable ejemplo y qué perenne desafío a los sucesores en su cometido!.

Celebremos la reedición del epistolario, comprendamos la perfecta sintonía de una relación de amistad fraterna y trascendente y, por último, paseemos la mirada por sus páginas considerando que, realmente, hubo un tiempo pasado mejor.

Emilio de Santiago Simón